

DOS TEXTOS Y OTRO ESQUEMA DE ELEVACIÓN

Encontramos dos textos en Agustín que nos hablan de la misma realidad, de la gradual ascensión humana hacia Dios. El uno en el libro *La doctrina cristiana* 2, 9-11 y el otro en la *Epístola* 171 A. Como él mismo nos dice lo que pretende es “tocar un tantico con la mente la unidad de la suma e inefable Trinidad; ahí residirá la suma paz” (*Epístola* 171, 2). Empezamos por *La doctrina cristiana*, en este párrafo, para hablar del camino de la santidad, del itinerario de la vida cristiana Agustín utiliza el esquema de las bienaventuranzas y de los dones del Espíritu Santo. En el primer grado, el temor nos lleva a “conocer su voluntad y así sepamos qué nos manda apetecer y de qué huir” (*La doctrina cristiana* 2, 9). Además de espolear el alma para conocer lo que Dios quiere nos hace tomar conciencia de nuestra finitud, de que somos mortales. Se nos pide renunciar a la soberbia, que es lo que se puede llamar propiamente pobreza. Morimos, esto es lo seguro, no podemos dudarlo: “Es necesario que este temor infunda en el alma el pensamiento de nuestra mortalidad y el de la futura muerte” (*La doctrina cristiana* 2, 9).

El segundo grado es la mansedumbre, quien tiene el don de la piedad. No va en contra de la Escritura cuando nos corrige algún vicio. Agustín, en este campo, nos habla de entender o no entender. A la piedad se vincula el pensar y creer que la Escritura es mejor que nuestras opiniones. Se trata de no oponerse a la Escritura: “Luego, es menester amansarse con el don de la piedad, para no contradecir a la divina Escritura, cuando entendiéndola reprende algún vicio nuestro, o cuando no entendiéndola creemos que nosotros podemos saber más y mandar mejor que ella. Antes bien debemos pensar que es mucho mejor y más cierto lo que allí está escrito, aunque aparezca oculto, que cuanto podamos saber por nosotros mismos” (*La doctrina cristiana* 2, 9).

El tercer grado es la ciencia: “Después dé estos dos grados, del temor y la piedad, se sube al tercero, que es el de la ciencia, del cual he determinado hablar ahora. Porque en éste se ejercita todo el estudioso de las divinas Escrituras, no encontrando en ellas otra cosa más que se ha de amar a Dios por Dios y al prójimo por Dios: a Este con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente; al prójimo como a nosotros mismos, es decir, que todo amor al prójimo como a nosotros ha de referirse a Dios. De estos dos preceptos hemos tratado en el libro anterior al hablar de las *cosas*” (*La doctrina cristiana* 2, 10). Recibir esta ciencia es darse cuenta que una cosa es amar las cosas materiales y otra cosa es amar a Dios: “Es, pues, necesario que ante todo cada uno vea, estudiando las divinas Escrituras, que si se halla enredado en el amor del mundo, es decir, en el de las cosas temporales, está tanto más alejado del amor de Dios y del prójimo cuanto lo prescribe la misma Escritura. Luego entonces aquel temor que hace pensar en el juicio de Dios, y la piedad por la que no puede menos de creer y someterse a la autoridad de los Libros santos, le obligan a llorarse a sí mismo” (*La doctrina cristiana* 2, 10).

El cuarto grado, el de la fortaleza, tiene que ver con hambrientos y sedientos de justicia. El cristiano ahora ama a la Trinidad: “Porque esta ciencia de útil esperanza no hace al hombre jactarse, sino lamentarse de sí mismo; con cuyo afecto obtiene mediante diligentes súplicas la consolación del divino auxilio, para que no caiga en la desesperación, y de este modo comienza a estar en el cuarto grado, es decir, en la fortaleza, por el cual se tiene hambre y sed de justicia. Este afecto arranca al hombre de toda mortífera alegría de las cosas temporales, y apartándose de ellas se dirige al amor de las eternas, es decir, a la inmutable Unidad y Trinidad” (*La doctrina cristiana* 2, 10). Como podemos ver por el texto citado, Agustín es consciente que debe insistir en este

aspecto porque es clave en la vida cristiana y se da cuenta que para afianzarse en este campo se necesita el don de la fortaleza. De hecho, él ya había hablado en otros lugares de este aspecto: “Aquí tiene hambre y sed de honestidad y es muy necesaria la fortaleza, ya que no se deja sin dolor lo que se posee con delectación” (Sermón de la montaña 1, 3, 10).

El quinto grado es el consejo de misericordia, que nos purifica: “Tan pronto como el hombre, en cuanto le es posible, llega a divisar de lejos el fulgor de esta Trinidad y reconoce que no puede soportar la flaqueza de su vista aquella luz, asciende al quinto grado, es decir, al consejo de la misericordia, donde purifica su alma alborotada y como desasosegada por los gritos de la conciencia, de las inmundicias contraídas debidas al apetito de las cosas inferiores. Aquí se ejercita denodadamente en el amor del prójimo y se perfecciona en él, y lleno de esperanza e íntegro en sus fuerzas llega hasta el amor del enemigo” (La doctrina cristiana 2, 11). En esta etapa el esfuerzo se centra en amar al prójimo: “Llama felices a los que socorren a los infelices, porque a ellos se les dará como contrapartida el ser librados de la infelicidad” (Sermón de la montaña 1, 2, 7).

El sexto grado empareja el don del entendimiento y la bienaventuranza de los limpios de corazón. El ojo del corazón se purifica para poder contemplar a Dios como lo pueden hacer quienes han muerto al mundo. Quien llega a este grado tiene un corazón simple, puro y sencillo y vive por la fe y está afianzado en la verdad: “De aquí sube al sexto grado donde purifica el ojo mismo con que puede ver a Dios, como pueden verle aquellos que en cuanto pueden mueren a este mundo. Porque, ciertamente, en tanto le ven en cuanto mueren a este siglo, y no le ven mientras viven para el mundo. Y por esto, aunque la luz divina comience a mostrarse no sólo más cierta y tolerable, sino más agradable, sin embargo, aún se dice que todavía se la ve en enigma y por espejo, porque mientras peregrinamos en esta vida más bien caminamos por la fe que por realidad, aunque nuestra conversación sea celestial. En este sexto grado, de tal forma purifica el hombre el ojo de su alma, que ni prefiere ni compara al prójimo con la verdad; luego ni a sí mismo, puesto que ni prefiere ni compara al que amó como a sí mismo. Este justo tendrá un corazón tan puro y tan sencillo que no se apartará de la verdad, ni por interés de agradar a los hombres ni por miras de evitar alguna molestia propia que se oponga a esta vida de perfección” (La doctrina cristiana 2, 11). Como podemos ver Agustín insiste en purificar el ojo del corazón para poder contemplar a Dios: “Son insensatos los que buscan a Dios con los ojos del cuerpo, dado que se le ve con el corazón, como está escrito en otro lugar: *Buscadlo con sencillez de corazón*. Un corazón limpio es un corazón sencillo. Y como esta luz del día solo puede ser vista con ojos limpios, así no se puede ver a Dios si no está limpia la facultad con la cual puede ser visto” (Sermón de la montaña 1, 2, 8).

En la epístola 171, encontramos un complemento a todo lo que hemos dicho de estos primeros peldaños de ascensión. Sería interesante insertar cada aspecto en la reflexión del libro La doctrina cristiana, pero también puede iluminarnos dejándolo como una breve síntesis de lo expuesto. En la Epístola las etapas de la ascensión comienzan por el debilitamiento de la soberbia porque hay un temor religioso, la mansedumbre que nace de la piedad respetuosa sobre la Escritura, duelo por la debilidad humana y por estar lejos del Señor, deseo de cumplir la justicia e insistencia en la petición de que los humildes y sedientos de justicia sean atendidos adecuadamente, la práctica de la misericordia con la que se limpia el corazón, al ver a Dios con inteligencia pura, así nos lo dice Agustín: “Has de conformar tu vida y

costumbres con los preceptos de Dios, pues los hemos recibido para bien obrar, empezando por un religioso temor. Porque *el principio de la sabiduría es el temor del Señor*, por el que se quebranta y debilita la soberbia humana. Después has de ser manso y humilde en la piedad, sin rechazar con prevenciones contenciosas o lo que aún no entiendes o lo que les parece absurdo y contradictorio en las Sagradas Escrituras a los indoctos, y sin imponer tu interpretación al sentido de los sagrados Libros. Has de ceder y diferir con mansedumbre el entender, antes que denunciar sin mansedumbre lo que es para ti un secreto. En tercer lugar, cuando ya empieces a comprender tu propia debilidad humana y a saber el lugar en que yaces, qué cadena penal arrastras contigo por haber nacido de Adán y cuán lejos del Señor peregrinas; cuando adviertas *en tus miembros otra ley que contradice a la ley de tu mente y te arrastre cautivo en la ley del pecado que reside en tus miembros*, entonces exclamarás: *Infeliz hombre yo, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?* Así te consolará en tus lágrimas, prometiéndote *la liberación, la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor*. En cuarto lugar, desea cumplir la justicia con mayor ahínco y fervor que el que ponen los inicuos en desear los placeres de la carne, si bien, con la esperanza de la ayuda divina, en este apetito el ardor es más tranquilo y el fuego más eficaz. En este cuarto grado de la vida espiritual se insiste con perseverancia en la oración para que a los que tienen hambre y sed se les conceda saciarse de justicia. Así, además de no resultar fatigoso, les deleitará el abstenerse de todo deleite de corrupción, no sólo propia, sino también ajena, aunque sea luchando y resistiendo. Para que Dios otorgue esa facilidad, se te añade un quinto consejo, referido a la misericordia: ayuda al pobre en lo que puedas, ya que anhelas ser ayudado por el Omnipotente en aquello que tú no puedes. El papel de la misericordia es doble: perdonar las injurias y dar pruebas de humanidad; ambas cosas las abarcó brevemente el Señor al decir: *Perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará*. Esta actividad vale igualmente para purificar el corazón y poder así contemplar con pura inteligencia, en cuanto es posible en esta vida, la inmutable sustancia de Dios. Ante nosotros tenemos un obstáculo y hay que eliminarlo, para que nuestra mirada entre en la luz. Por eso dijo el Señor: *Pero dad limosna, y todas las cosas serán puras para vosotros*. Y por eso sigue el sexto consejo, que es la pureza de corazón” (Epístola 171, 1).

El séptimo nivel es el de la sabiduría y está unido con la bienaventuranza de los pacíficos. El que ha llegado aquí puede ya disfrutar, con sus alas despegadas y a pleno pulmón, de la sabiduría: “Un tal hijo de Dios sube a la sabiduría que es el séptimo y último grado, de la cual gozará tranquilo en paz. El comienzo de la sabiduría es el temor de Dios. Desde él hasta llegar a la sabiduría se camina por estos grados” (La doctrina cristiana 2, 11). Agustín nos habla de disfrutar de la sabiduría y es que esto es fundamental. Es muy importante tomar conciencia de que se trata de gustarla, de saborearla. Evidentemente, en esta estancia, se ha producido una purificación total y se recibe una semejanza de Dios, porque nos hemos asomado a “la contemplación de la verdad que pacifica a todo el hombre al recibir la semejanza de Dios” (Sermón de la montaña 1, 3, 10). Dicho de otra manera. Estamos ya en el grado más alto, ya no se puede subir más porque no hay a dónde ir: “Y así llegamos al séptimo grado, la tranquilidad de aquella paz que no puede darnos el mundo. Cuatro son las virtudes que también los filósofos pudieron indagar con memorable habilidad, a saber: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Si ahora para lograr un culto religioso perfecto, les añadimos y unimos otras tres, a saber: fe, esperanza y caridad, hallamos el número siete. Y no pueden omitirse las tres últimas virtudes, pues sabemos que sin ellas no se puede ni servir a Dios ni agradarle” (Epístola 171 A, 2). Tenemos que darnos cuenta que

Agustín no nos está hablando de constructores de paz fraterna, sino de pacificadores interiores, de los que construyen la paz interior.

Pero para poder comenzar a contemplar a Dios será necesario superar las apetencias de alabanzas humanas y realizar las obras que agradan a Dios: “Para dirigir la mirada pura y auténtica a la luz, no refiramos al fin de agradar a los hombres o de satisfacer nuestras necesidades corporales el bien que laudablemente hagamos ni la verdad que aguda y sagazmente descubramos. Dios quiere ser servido gratuitamente, pues no hay objeto alguno fuera de él por el que hayamos de apetecer a Dios. Cuando por esos peldaños de la vida, con mayor prisa o lentitud, alcanzamos la pureza intelectual, entonces osaremos decir que podemos tocar un tantico con la mente la unidad de la suma e inefable Trinidad; ahí residirá la suma paz. Porque ya no hay cosa que hayamos de esperar, cuando los reformados según la imagen de su origen, del Hijo de Dios, nacido de los hombres, gozarán de la inmutabilidad del Padre. Resumiendo: primero, *bienaventurados los pobres de espíritu*, en lo que reside el temor. Después, *bienaventurados los mansos*, en lo que reside la piedad dócil. En tercer lugar, *bienaventurados los que lloran*, en lo que se halla la ciencia de la propia debilidad. Cuarto, *bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*, en lo que consiste la fortaleza en el empeño para mantener domadas las concupiscencias. Quinto, *bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia*, donde se da el consejo de ayudar para merecer ser ayudados. Entonces se llega al sexto grado, en el que se dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*, donde se ve que el entendimiento puro y capacitado para comprender no percibirá nada de la Trinidad si no renuncia a apetecer las alabanzas humanas, aunque haga cosas laudables” (Epístola 171, 2).